

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

He prometido hablar de otras obras cervantinas, además de la dedicada por Puyol al *Supuesto retrato de Cervantes*, y así lo hago.

Nadie ignora que uno de los enigmas de nuestra historia literaria es el falso *Quijote* del no menos falso Avellaneda. ¿Quién se ocultaba tras ese seudónimo? Se han emitido infinitas conjeturas, y probablemente seguirán emitiéndose otras muchas, hasta que, si Dios lo permite, se descubra la verdad.

Yo empiezo por declarar que el punto no es sino de mera curiosidad, y en nada afecta a la crítica propiamente dicha del inmortal libro. Pero los eruditos han sido siempre golosos de estas charadas.

El *Quijote* espúreo fué — en esto están de acuerdo todos los comentaristas —, obra de odio y mala voluntad; obra de un enemigo del autor del *Quijote* legítimo. Esto indica que la obra maestra de Cervantes logró, desde el primer momento, nombradía y popularidad, pues sólo se parodian e imitan los libros o dramas que despiertan profundamente el interés del público. Todos los datos concurren a establecer el hecho: sus contemporáneos reconocieron, si no al modo romántico de hoy, a su estilo y según su mentalidad, el mérito del *Quijote*, pudiendo afirmarse que no sólo fué leído y admirado, sino popularísimo.

La envidia no había de perdonarle. Al través de las edades sucesivas, la figura del pretendido Avellaneda, imitador e insultador de Cervantes, es representativa de la amarilla pasión que se muerde los puños de impotente rabia. Cosas turbias hay en la biografía de Cervantes; no obstante, el atractivo de su figura es irresistible, mientras que Avellaneda permanece bajo el peso de una reprobación moral casi unánime.

A refrescar el problema viene el libro, nutrido de datos, de D. Aurelio Baig Baños, conocido cervantista. He dicho nutrido, y nutridísimo debí decir, pues la frondosa cosecha de noticias que atesora le perjudica, haciendo difícil la lectura y la orientación del que sólo aspira a conocer la historia del falso *Quijote*.

Convencidos de que Avellaneda era un seudónimo, y pasado el tiempo borrando la huella de los hechos que pudieran ilustrar, empezó la búsqueda del verdadero nombre de Avellaneda. Él se declaró licenciado y nacido en Tordesillas. Esto último se pudo comprobar ser imposible, por no haberse bautizado, en todo el siglo XVI y en la villa de Tordesillas, hombre alguno que se llamase Alonso Fernández de Avellaneda.

En otra apreciación estuvieron conformes la mayoría de los investigadores avellanedistas: el que se escondía tras del seudónimo debía de ser o cura o fraile. En suma, un eclesiástico y, cosa extraña: en el siglo XVIII, Cervantes tiene mal ambiente en la crítica: no faltan apologistas de Avellaneda. D. Isidro Perales hasta supone que Cervantes, en la segunda parte del *Quijote*, plagia el de Avellaneda; don Agustín de Montiano y Luyando considera a Avellaneda muy superior a Cervantes; D. Diego de Torres Villarroel le ensalza; D. Juan Martínez Salasfranca pinta a Cervantes como un envidioso de Avellaneda. Prodicese, sin embargo, la natural reacción, y salen a la palestra, en duros juicios contra el *Quijote* apócrifo y su autor, D. Gregorio Mayans y Siscar, D. Vicente de los Ríos, Pellicer, Fernández de Navarrete, y por último, Clemencin. Desde principios del siglo XIX, no hubo ya una voz que se alzase en favor del falso *Quijote*, pero el enigma siguió irritando la curiosidad, y las investigaciones se activaron.

Es hacia fines del XVIII cuando las conjeturas toman cuerpo. D. Vicente de los Ríos dice que Avellaneda era «compositor de comedias, e implacable enemigo de Cervantes.» Pellicer supone que Avellaneda pudiese ser uno de los dos poetas aragoneses

que en un certamen de Zaragoza adoptaron el mote de *Sancho Panza*. Apunta además Pellicer que Avellaneda sería dominico, supuesto muy general.

Cean Bermúdez entendía que el autor del *Quijote* apócrifo era fray Juan Blanco de Paz, también dominico, y que ha llegado hasta nosotros con renombre de mala persona. D. Adolfo de Castro lleva más allá la suposición, atribuyendo el *Quijote* contrahecho a fray Luis de Aliaga, confesor del Rey, dominico igualmente, aragonés y zaragozano. Conste, ahora y siempre, que yo no tengo candidato alguno de mi cosecha para atribuirle el *Quijote*-parodia; libreme Dios de terciar en este pleito intrincado y enmarañado. Sólo me atrevo a decir que, con los Avellanedas dominicos, se complicaría el recelo que sintió Cervantes de declarar el nombre, de rasgar el velo que cubría a su detractor e imitador. Un confesor del Rey, por ejemplo, en aquellos tiempos, haría exclamar «Guarda, que es podenco», y aun añadir: «Tate, Sancho, con la iglesia hemos topado.»

Así es que la conjetura de Aliaga fué patrocinada por varios eruditos: Gallardo, D. Cayetano Rossell, D. Justo Sancha, D. Aureliano Fernández Guerra, D. Juan Eugenio Hartzenbusch, D. Cayetano Alberto de la Barrera, docto indagador de nuestro Teatro. Posteriormente, D. Adolfo de Castro soltó una nueva hipótesis. Supuso que el fingido Avellaneda fuese fray Alonso Fernández, sin perjuicio de volver, adelante, al *aliaguismo*, afirmando que, por las pruebas indiciarias conocidas, el indudable autor del imitado *Quijote* sería fray Luis de Aliaga.

Impugnó esta opinión Tubino, cervantista de altos vuelos. El ataque de Tubino a la hipótesis aliagista venía muy cernido de erudición, muy corroborado con pruebas negativas, y logró convertir nuevamente a D. Adolfo de Castro el inquieto y el genial, que últimamente lanzó la especie de si el falso *Quijote* sería obra de D. Juan Ruiz de Alarcón, el comediógrafo mejicano, apoyándola con los recursos de su ingenio. Para Benjumea, otro cervantista con ideas propias, Avellaneda fué primero fray Juan Blanco de Paz, y luego fray Andrés Pérez, autor de *La pícara Justina*. Para D. Ramón León Mañez, la categoría sube muchísimo, llega a la cima, y Avellaneda es ni más ni menos que el Fénix de los Ingenios, Lope de Vega. Lo mismo creen gentes de nombradía, Fitzmaurice Kelly, D. Manuel de la Revilla, Pinheiro Chagas. Tal conjetura no dejó de abrirse camino, aunque de estar probada diste lo mismo que las restantes. Hasta a un alemán que residió corto tiempo en España se atribuyó el falso *Quijote*, y a fray Luis de Granada hubo quien se lo colgase.

Y como los grandes sabios también se engañan, no ha mucho, en 1897, dió a conocer Menéndez y Pelayo su conjetura, que ha parecido de las menos fundadas.

Ni aun convencen los argumentos negativos, en esta ocasión, de Menéndez y Pelayo. D. Aurelio Baig Baños los analiza y los malpara bastante. Menéndez y Pelayo, por ejemplo, afirma que no pudo Aliaga conocer ni aun de vista a los mayores ingenios de su tiempo. Un fraile tan encumbrado y tan conocedor de la vida social, ¿cómo había de ignorar la existencia de hombres tan célebres como Cervantes y Lope? Aliaga no era un recluso en el claustro. ¿Y por qué el *Quijote* falso no podría ser obra de un grave moralista? Lo era, y dominico, Mateo Bandedo, autor de nada edificantes escritos. Añado yo: también en Quevedo existe la misma dualidad.

Al impugnar la afirmativa, queda aún más maltrecha la hipótesis de Menéndez y Pelayo. Era ésta, como acaso recuerde algún lector aficionado, atribuir la paternidad del *Quijote* de Avellaneda a un poeta llamado Alfonso Lamberto, por completo desconocido. Los indicios eran tan tenues, que sólo la robusta autoridad que los coordinó pudiera hacer que ilusionasen un poco. Obscurísimo empieza por llamar a su apadrinado el propio D. Marcelino. Sábase de él, por todo saber, que concurrió a los famosos Certámenes de Zaragoza por los años de 1614. Lo demás se pierde en la niebla de escasísimas noticias, hasta desmentidas por posteriores descubrimientos. Es mucho más positivo que existió un Martín Lamberto Iníquez, amigo de los Argensolas. Que fuese pariente del Alfonso Lamberto, no se sabe. Ni esto ni cosa alguna, a decir verdad...

Puso la imaginación en prensa el autor de *La Ciencia Española*, y llegó a apoyar su conjetura en un anagrama también imaginario que encuentra en el *Quijote* apócrifo. Todo ello tan forzado y arbitrario, que ni nombrarse merecería a no proceder de quien procede. Como antes dije, los hombres insignes yerran igual que los demás.

Impugnó a Menéndez y Pelayo el director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, Sr. Groussac, adelantando de paso su hipótesis, según la cual el

autor del *Quijote* de Avellaneda es Micer Juan José Martí, el mismo que, bajo el nombre supuesto de Mateo Lujan Sayavedra, publicó una continuación al *Guzmán de Alfarache*. Molestado por la impugnación de Groussac, que tenía mucho de desdeñosa, Menéndez y Pelayo revolvió papelotes y logró averiguar que Martí había fallecido en 1604, en que no estaba aún impresa la primera parte del *Quijote*... ¡Otra conjetura al agua! Una más, la de D. Adolfo Bonilla San Martín, que atribuye el falso *Quijote* a un D. Pedro Liñán, secretario del marqués de Camarasa. Mi amiga doña Blanca de los Ríos, por su parte, lo atribuye a Tirso de Molina, lo cual (sin que yo me meta en camisa de once varas) me parece demasiado honor para el Avellaneda que fuese...

A su vez, el autor del libro que me da ocasión y tela para estas páginas, D. Aurelio Baig Baños, tiene su hipótesis. Y no la cree hipótesis, sino verdad. Cierzo que lo mismo habrán pensado los demás que supusieron roto el velo del enigma.

Para el Sr. Baig Baños, el pretendido Avellaneda no es otro que fray Alonso Fernández, autor de varias obras de devoción. Era dominico, y el Sr. Baig entiende que por esta circunstancia fué benigna con su novela, asaz libre y desvergonzada, la Inquisición; que era hombre de influjo y valía, y no obscuro como el Alfonso Lamberto de Menéndez y Pelayo; apoyando este supuesto en pasajes del mismo falso *Quijote*; y yo reconozco que estos pasajes delatan al fraile atiborrado de teología y conspicuo..., y que la novela *Los felices amantes*, que tiene el mismo argumento de *Margarita la Tornera*, es una leyenda conventual, que acaso no utilizase seglar alguno en el siglo XVII. Esto yo no lo puedo demostrar con datos: lo percibe mi sensibilidad crítica.

Hay en el *Quijote* de Avellaneda, al lado de obscenidades, groserías y escatologías, lo cual no es inverosímil en aquel tiempo en un fraile, mucho que delata el ambiente del convento; mucha teología, no poco sermonario. Insisto en que no hablo como apoyando la tesis del Sr. Baig. No tengo autoridad alguna, aunque benévolamente me la conceda el señor Baig al citar unas palabras mías.

La conjetura del Sr. Baig no es irrefragable, como tampoco las que la han precedido; pero los indicios son en ella algo más vehementes. La conjetura del bloque contra Cervantes no carece de fundamento histórico. Las suposiciones basadas en fechas no son quiméricas. El estilo de las obras confesadas de fray Alonso Fernández, no es incompatible (a pesar de la diferencia de asunto) con el del falso *Quijote*. Más disparidad existe entre el de las obras ascéticas y las de gorja de Quevedo. Es decir que nada veo de absurdo en la hipótesis del Sr. Baig.

Tampoco me parece que desdice de la personalidad de este fraile, autor de obras históricas, teológicas y hagiográficas, General de su Orden, el hecho del misterio que viene rodeando al autor del *Quijote* apócrifo. Si hubiese sido un laico, no pondría el cuidado que indudablemente debió poner, para que no fuese posible rasgar el velo. Nada tiene de sorprendente el hecho de que un fraile de aquellos días escribiese tal novela; pero naturalmente, por ser fraile, había de mantener con cierto rigor el incógnito. Y el incógnito se ha mantenido. Como dice acertadamente el Sr. Rodríguez Marín, en el prólogo a la obra del Sr. Baig, «la debatidísima cuestión seguirá entregada, como el mundo, a las disputas de los hombres, hasta que una dichosa casualidad, o el perseverante trabajo de algún investigador, saquen de las tinieblas de algún polvoriento archivo a la clara luz del día un documento fehaciente, que declare, con sencillez y laconismo, cómo se llamaba el autor de ese libro malhadado, que desveló a Cervantes, y trae sin sueño, tres siglos después de dado a la estampa, a los cervantistas de ambos mundos.»

Baste al Sr. Baig haber emitido una conjetura que no ofende al sentido común, y descansa, a falta de documentos, en bien coordinadas deducciones. La certidumbre, por hoy, no existe. No hay que desesperar, sin embargo. Este rompecabezas llegará a encajarse, y veremos su conjunto, cuando menos se piense. Es cuestión de revolver archivos, desempolvar legajos, y estudiar bien el epistolario de la época, donde es imposible que no haya referencias a un escándalo literario tan ruidoso.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.